

IV Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición

Mujeres que hacen libros. Argentina en el libro venezolano

Afecto Impreso - Betina Barrios Ayala¹
Investigación independiente
esafectoimpreso@gmail.com
Argentina / Venezuela

Resumen: En línea con posturas teóricas y de investigación feminista, el campo del arte reconoce una participación de mujeres que ronda el 30%, en el mejor de los casos (Giunta, 2019). Siendo la edición una práctica y/o manifestación del arte, proponemos un breve paneo sobre la participación de mujeres argentinas en el campo editorial venezolano con énfasis en el período 1968-1998. La producción editorial de estos años da cuenta de un momento fértil en el quehacer cultural del país caribeño, que se vio especialmente nutrido por el aporte de autoras, docentes, diseñadoras, escritoras, editoras, traductoras y directoras de proyectos de origen argentino. La intención es contribuir a la visibilización de estas figuras que comienzan a abrirse paso con gran determinación a partir de 1980.

Palabras clave: Mujeres, común, edición, traducción, desplazamiento, visibilización

I

Las ceremonias del verano de Marta Traba, obra merecedora del premio de novela del concurso Casa de las Américas de Cuba en su edición de 1966, cuyo jurado estuvo compuesto por Mario Benedetti, Alejo Carpentier, Juan García Ponce y Manuel Rojas; lleva una dedicatoria de la autora que reza: “A Antonia Palacios quien me conminó a escribir este libro”. La centralidad de este gesto reside en al menos dos cuestiones

¹ Betina Barrios Ayala (Barquisimeto, 1985) es investigadora, docente y librera. Licenciada en Estudios Políticos por la Universidad Central de Venezuela (2007). Magíster en Relaciones Internacionales de la Universidad de Belgrano (2015). Candidata doctoral en Literatura Latinoamericana y Crítica Cultural de la Universidad de San Andrés. Durante los últimos diez años ha vivido en las ciudades de Caracas, Buenos Aires y Nueva York, donde ha participado en proyectos de estímulo a la literatura de forma independiente y en conversación con instituciones tanto públicas como privadas. Entre ellas Cultura Chacao, International School of Brooklyn, Librería Lugar Común, Fundación La Poeteca de Caracas y la Red de Bibliotecas Públicas de la Ciudad de Buenos Aires. Trabaja con libros y escribe sobre arte y cultura a partir de intersecciones relativas al viaje, la experiencia y el paisaje. Sus ensayos y poemas han sido publicados en antologías y revistas en Venezuela, España, Colombia y Estados Unidos. Desde 2011 mantiene el blog literario [experienceparoles](#). Conduce el proyecto [Afecto Impreso](#), creado para explorar la trama entre Argentina y Venezuela en el campo de la edición.

primordiales para esta intervención. La primera de ellas, y quizás sea la más evidente, es el poderoso vínculo que revela entre dos finas y destacadas mujeres originarias de Argentina y Venezuela respectivamente. Lo segundo, y sin embargo más significativo, está en el corazón de su sintaxis. El verbo “conminar”, implica dar a entender la urgencia de una tarea, apurar a otro a la realización del cumplimiento de un deber. Esto es capital para entrar en la discusión en razón de la “sororidad”, concepto que refiere a la cualidad o condición de conformar una hermandad entre mujeres, construir alianzas de apoyo mutuo y sobreponerse así a problemas relativos a su condición de género. En el campo del arte y la academia lo anterior es una escena o probabilidad recurrente, aunque por supuesto, para nada obligatoria.

Sin embargo, esta breve disertación persigue enfocarse en la reunión solidaria de mujeres a favor del logro de objetivos de interés común. Interés que supera ambiciones individuales y que perfila logros de mayor envergadura y alcance. *Las ceremonias del verano*, fue celebrado por el jurado en respuesta a su “alta calidad literaria, que considera a la vez los problemas de expresión y estructura, por la constancia de su ritmo poético, la inteligencia para equilibrar las situaciones y el logro de una difícil unidad de composición”. De nuevo, lo anterior favorece lecturas en distintas direcciones que articulan un marco para lo que se persigue iluminar. Más allá del objeto preciso de estos elogios, detenernos en la frase “inteligencia para equilibrar las situaciones y el logro de una difícil unidad de composición”, es una tarea común a la vida de la mujer.

De acuerdo con Silvia Federici la cuestión de ‘lo común’ es un concepto complejo, pero indefectiblemente asociado a lo femenino. La perspectiva feminista lo soporta como bastión contra la discriminación sexual y cuestiones asociadas a las luchas sobre el trabajo reproductivo. Las mujeres y lo común son de algún modo uno, pues tanto desde el punto de vista histórico como práctico, las mujeres han dependido para su acción y supervivencia del acceso a recursos comunes, al tiempo de comprometerse con la defensa de estos espacios a través de la articulación de redes, estrategias y acciones. Federici ha publicado trabajos de radical importancia en el campo de los estudios de género, y ha señalado que las mujeres han sido aguerridas defensoras de la cultura comunal. Desde la conquista hasta la actualidad, han recreado y preservado modos de vida colectivos con el objetivo de aislar espacios sociales, políticos, productivos y geográficos de los fines destructivos de las agresivas formas del poder y el capital. Explica que hoy en día “las

mujeres suponen la fuerza de oposición principal en el proceso de mercantilización total de la naturaleza” (Federici, 2020: 168). Esta injerencia en la búsqueda y propagación de formas alternativas para la supervivencia en el planeta, implica una relación intestina con el “bien común”, entendido como “la puesta en común de los medios materiales y supone el mecanismo primordial por el cual se crea el interés colectivo y los lazos de apoyo mutuo” (Federici, 2020: 169).

El interés por los detalles anteriores tiene que ver con aislar la posibilidad de leer lo expuesto como una aproximación sensible, plenamente subjetiva y afectiva de gestos de vital trascendencia. La cuestión de la producción en el campo cultural depende de una red, una articulación, un entramado de relaciones; y esta habilidad, facultad, propensión e instinto femenino está concretamente detrás de la visibilización del arte hecho, pensado y producido por mujeres que viene irrumpiendo con fuerza en la escena contemporánea.

De regreso a la piedra fundante de esta disertación y las revelaciones en torno a la dedicatoria de la novela *Las ceremonias del verano*, tanto Antonia Palacios como Marta Traba son figuras prominentes en la arena cultural de sus naciones. Antonia Palacios (Caracas, 1904-2001) viene de una estirpe familiar ligada a la constitución de los cimientos de la república. Durante su vida estuvo vinculada con el mundo intelectual y creativo, doméstico y extranjero, dado sus viajes y estancias en Europa, principalmente en París, donde acude a la Sorbonne y el Collège de France. Se hace del espacio literario con decisión, y publica por primera vez en la revista *Élite* de Caracas en 1934. En 1939 escribe para la prensa y ocupa la secretaría de la Agrupación Cultural Femenina. En 1940 preside el I Congreso Venezolano de Mujeres. Publica *Ana Isabel, una niña decente*, su obra en prosa de mayor reconocimiento, en 1949. Esta edición aparece bajo el sello Losada en Buenos Aires. Será suelo argentino el lugar de aparición originaria de una voz femenina venezolana, brindando espacio, terreno conjunto. La literatura venezolana es particularmente intestina y las voces femeninas no son tan difundidas (incluso hoy); por lo que este detalle es un antecedente importante en relación a los espacios creados de forma recíproca entre una orilla y otra. En 1976 obtiene el Premio Nacional de Literatura, convirtiéndose en la primera mujer que ostenta el reconocimiento.

Fue fundadora del renombrado taller literario *Calicanto*, que se hace con una publicación periódica propia, una revista llamada *Hojas de Calicanto* (1978). Este enclave formativo

resulta de gran importancia para la escena cultural venezolana, al punto de que gran parte de los poetas nacionales galardonados hoy en día dentro y fuera del país, formaron parte de él. Entre ellos cabe nombrar a Yolanda Pantin, acreedora del XVII Premio García Lorca en 2020, y sobre quien volveremos a referirnos más adelante.

Bastaría quizás la dedicatoria de Traba para deducir la posible intimidad que se estableció entre ella y Antonia Palacios. Marta Traba (Buenos Aires, 1930 – Madrid, 1986) participó activamente de la vida intelectual y cultural venezolana durante sus años de exilio en el país. Su biógrafa, Victoria Verlichak, argumenta que la conoció en 1975 en Caracas, pues vivían en el mismo edificio en Colinas de Bello Monte. Esta coincidencia temporal y espacial, producto de las dificultades que atraviesa Argentina en esos años, la conduce a atestiguar los esfuerzos de Traba en razón de teorizar, clasificar y proponer en el campo del arte y las letras latinoamericanas. Además, Verlichak repite el gesto de la dedicatoria de Traba a Palacios, y escribe en la introducción a su trabajo publicado en 2001 en Buenos Aires: “Le dediqué este libro porque, en una cuenta que yo sola llevo, se lo adeudaba”. No existiría un justo recuento del quehacer de Traba si Verlichak no escribe y publica esta investigación memoriosa, reflejo de la vitalidad de un afecto que sostiene efectos: dar lugar a objetos culturales valiosos como claves de construcción histórica y política.

“Competió con los hombres y fue generosa con las mujeres (...) Hija de su época, su historia es también la de miles de intelectuales desplazados de sus lugares de origen” (Verlichak, 2001: 16). La crisis que azota a la vida y resistencia cultural de una nación en tiempos de violencia política genera una búsqueda extensiva de hilar y atar hilos, construir puentes, establecer relaciones, juntar orillas. Exilio es hacer la vida lejos de lo propio, lo que conduce a una distancia verdadera y profunda del acontecer y devenir de un origen. Marta Traba abandonó Argentina muy joven y apenas regresó al país en contadas y breves ocasiones. Su campo de acción fue entonces extensivo y expansivo:

“una notable y sobresaliente trayectoria como escritora, crítica de arte, profesora y polemista se desarrolló entre Colombia y Venezuela, Centroamérica, Puerto Rico, Estados Unidos y Europa. (...) Inteligente y provocadora, Marta escribió siete novelas, un libro de poesía y dos de cuentos. Publicó 22 volúmenes de crítica e historia del arte y más de 1.200 textos periodísticos y ensayos que giran en torno a las artes visuales. Convincente oradora, dictó cursos regulares y seminarios de

historia del arte en más de 25 universidades del continente. Fundó un museo y una revista. Abrió una galería y una librería. Fue conductora de programas de historia del arte por radio y televisión (...) pionera del abordaje del arte contemporáneo latinoamericano”. (Verlichak, 2001: 18-19).

Marta Traba ha sido reconocida por sus pares, entre ellos Gerardo Mosquera, notable crítico cubano que la registra como la primera en dar al arte latinoamericano una perspectiva global, fue quien diseñó las preguntas fundamentales en torno a cartografiar el arte de la región.

II

La historia del libro en Hispanoamérica está marcada por el desplazamiento y la violencia política que arremete con ímpetu contra la cultura. El siglo XX y el terror que lo caracterizó desde sus inicios, marca un recorrido visible. La Guerra Civil española desencadenó una migración masiva de figuras de cierta influencia pública o en los círculos de pensamiento, creación y reflexión. De algún modo, la vida intelectual y el exilio conforman una suerte de conjunto complejo y probable, en el que aparece la integración de campos culturales distintos a través de agentes en tránsito. Los ejemplos son numerosos y exceden cualquier lengua o territorio. La edición es práctica y oficio de exilio, quizás se deba a su carácter estructural de red en la que intervienen profesionales, rubros y voluntades de distinto origen para dar lugar a la aparición de un cuerpo común, el objeto libro. Detrás de un libro, cualquiera de ellos, hay una organización y proceso sostenido que se manifiesta en la intervención de un gran y diverso número de profesionales, así como otras cuestiones de carácter práctico, espacial, material, técnico y de distribución.

El movimiento es de algún modo inherente al libro desde distintas perspectivas, aun cuando se trata de un objeto que exhibe una quietud aparente. Sus designios están atados a circunstancias de vida humana con una fijeza similar a la impresión. Hay una comunión indeleble entre texto y superficie, una compenetración enraizada, adherida a la piel y la historia del sujeto. Qué, cómo, cuándo, por qué y bajo qué circunstancias aparece una publicación que comienza a viajar, circular, ser objeto de promoción o censura, es una cuestión común a la experiencia del libro y de lo humano.

La Guerra Civil española consolidó el mercado editorial argentino alimentado por la migración consecuente que produjo. De algún modo, esa herida fundante del destierro busca subsanarse en el quehacer editorial, anida en los símiles entre libro y vida, sus inscripciones, datos, registros y mapas. Hacer libros puede leerse como búsqueda de origen, la necesidad de crear/hacer espacios de representación, lugares dónde ser y estar con aquello que es constitutivo, interesa y convoca. Los libros son lugares de reunión de autores, prologuistas, editores que confían, traductores que expanden, acompañan y recrean. Correctores, diseñadores, diagramadores, librerías, distribuidores, imprenteros, fotógrafos, críticos. Es un enorme aparato de voluntades que confabulan y “gestan algo en común”. ¿No es esto algo sustancialmente femenino?

Si bien los editores suelen ser hombres, esto es una cuestión política. Su hacer intestinal está formado por parámetros comunitarios y voluntad de producción de un “bien común”. Los libros son un referente, un pilar, una casa, un espacio que gravita entre lo material e inmaterial, un soporte de lugares, personas, circunstancias, deseos y conflictos. No hay una dimensión justa para sopesar el contenido del recuadro de tapa y contratapa. Más allá del viaje que en sí implica la lectura, lo literario; el mapa verdadero y tangible que lo materializa es sustancial en términos de espacio, tiempo y recursos. Su confabulación, el lugar que ocupa como un resultado de “haceres”, es también relativo a las cualidades integradoras de la mujer.

El economista y filósofo francés Frédéric Lordon, argumenta que “la sociedad anda según los deseos y los afectos (...) Existen individuos y ellos experimentan afectos. Pero esos afectos no son otra cosa que el efecto de estructuras en las cuales los individuos son introducidos” (Lordon, 2018: 7-11-12). En este caso en que navegamos, la edición es el espacio de efectos y afectos condicionados por las estructuras de vida humana. Estructuras materiales, territoriales, históricas, sociales, políticas, económicas, morales y de género. En el caso objeto de esta intervención, la participación de mujeres argentinas en el libro venezolano es basta, profunda y preciosa. Marcada por un empuje y profundidad que no ha recibido la atención ni la investigación que precisa.

Para comenzar con un gesto original, iniciático, un traer a la vida una posibilidad, algo connaturalmente femenino, la editorial independiente *S&M Editores* (1988) formada por la fotógrafa y diseñadora argentina Nérida Mosquera (Buenos Aires, 1949) y el artista

venezolano Alejandro Salas (Caracas, 1960-2003) es un trabajo de enorme calidad y trascendencia. Una iniciativa mínima, fruto de una relación amorosa en la que el arrojo creativo de sus artífices, condujo a lo que fue un proyecto de características únicas en la historia del libro venezolano. Especializada en la publicación de textos inéditos en objetos de inspiración renacentista, *S&M Editores* construyó poderosos diálogos entre artes visuales y literatura. El impulso para crear y hacer el proyecto fue producto de un subsidio que obtuvo Mosquera por parte del Consejo Nacional de Cultura de Venezuela (CONAC) para su trabajo fotográfico. Sin embargo, la apuesta se inclinó por un proyecto conjunto: dirigir y concebir la producción artesanal de ejemplares numerados, impresos con linotipia, de confección casera en prensa manual y costura a mano. El sello publicó diez títulos que no respondieron a un diseño único y uniformador, sino más bien pensado para la naturaleza de cada texto y la idea de integrar estética, contenido, sustancia y materialidad. Hubo ejemplares impresos en madera o cuero, por ejemplo. La enorme belleza y rareza de este proyecto es aún una deuda de investigación en Venezuela. Una combinación de formas puras y cierta precariedad para la producción y conservación de los ejemplares producidos, hace urgente el rescate de esta memoria de trabajo. Mosquera participó como financista, fundadora, editora, diseñadora, fotógrafa y hacedora práctica de los ejemplares. La valía de su trabajo para la historia material del libro venezolano es precisa y está cubierta del misterio e intimidad propios de las formas y circunstancias de vida del sello. Las ediciones contaron con la participación de artistas venezolanas de gran renombre como Gego y Luisa Richter.

El *Fondo Editorial Pequeña Venecia* (1989), creado por un grupo de escritores y poetas que asistían al Taller Calicanto de Antonia Palacios, fue un proyecto de edición, rescate y traducción de poesía. Blanca Streponi (Buenos Aires, 1952) integró el círculo de editores junto a Yolanda Pantin (Caracas, 1954). Además de su rol como editora, publicó tres libros: *Diario de John Robertson* (1990), *El jardín del verdugo* (1992) y *Las vacas* (1995). El primero es un trabajo inspirado en los diarios de un médico inglés que participaba de la Legión Británica durante la Guerra de Independencia en Venezuela. Habiendo hecho algunos años de estudio de medicina, la autora identifica afinidades con la experiencia del personaje de John Robertson, su sensibilidad y extrañeza frente a la circunstancia de estar de paso en Venezuela, país al que acude para colaborar con la causa independentista. Sin embargo, esto se convierte en una cuestión lateral frente a la mortandad feroz que involucra vivir y hacer el proceso.

La cuestión del viaje, la novedad, el desplazamiento y la violencia interpelan a Strepponi, quien llegó a Venezuela en 1977 tras una breve estancia en México. Si bien no pesaba sobre ella amenaza particular, el clima político en Buenos Aires era difícil y muchos de sus conocidos habían sido secuestrados por la Junta Militar. Vivió en Caracas hasta el año 2010, fecha en que regresa a Argentina producto de la crisis venezolana de los años recientes.

En una entrevista realizada por Alejandro Martínez Ubieda para el libro *Argentina y Venezuela: 20 testimonios* (2006) publicado por la Fundación para la Cultura Urbana, Strepponi declara: “todo lo que soy lo he hecho aquí, mi hija es venezolana, todo lo importante que he hecho en mi vida lo he hecho aquí”. De lo anterior hay pruebas fehacientes. Strepponi participa en el mundo del libro venezolano de una forma dinámica, productiva y camaleónica. Como autora, publica en la editorial estatal *Monte Ávila Editores* (1968) la obra teatral *Birmanos* (1991), además de un conjunto de cuentos reunidos bajo el título *El médico chino* (1999). En la misma editorial se desempeñó como productora gráfica y desarrolló varias tapas de libros, entre ellas una de las ediciones de *Piedra de mar* (1968) del escritor venezolano Francisco Massiani. Esta obra tiene un peso notable en la literatura del país por ser una construcción plausible de la sensibilidad de un joven en Caracas, una novela iniciática bastante leída en los programas de formación básica y primaria. Strepponi será también creadora del diseño de la colección “La Expresión Americana” del proyecto editorial enciclopédico fundado por Ángel Rama y José Ramón Medina, *Biblioteca Ayacucho* (1974). Será responsable del *Fondo Editorial Fundarte* (1975) y creadora de la editorial *Los libros de El Nacional* (1997). Publica, además, literatura infantil en el sello *Ekaré*.

El *Fondo Editorial Pequeña Venecia* (1989), contempla en su catálogo la publicación de los siguientes libros de autoras argentinas: *Antología breve* (1991. Selección de Eduardo Estévez) de Alejandra Pizarnik, *Los pasos de Zoe* (1993) de Delfina Muschietti, *Matar a un animal* (1995) de Susana Villalba y *Diario Extranjero* (2000) de María Negroni.

Ediciones Angria (1989) es un sello capital para el recuento que nos ocupa. Se trata de una editorial formada por mujeres, las hermanas Angelina y Verónica Jaffé junto a la editora y profesora argentina, Ana María Fernández. Especializada en la edición de poesía, ensayo y reflexión sobre el oficio, cuenta con la participación de María Negroni

(Santa Fe, 1951) como traductora de dos de sus títulos: *Poemas de Helena en Egipto* (1993) de Hilda Doolittle y *Hierba a la luna y otros poemas* (1995) de Valentine Penrose. Negroni publica su poemario *Islandia* (1994) en *Monte Ávila Editores* (1968) y hace parte del catálogo de la editorial independiente *Barco de piedra*, con el título *Dibujo con niña* (2015). Como traductora, participa en la edición de *Lo arcangélico* (1995), poemas de Georges Bataille publicado por el *Fondo Editorial Fundarte* (1975).

El aporte de mujeres argentinas para la edición venezolana en el campo de la traducción ha sido considerable. Claudia Schvartz (Buenos Aires, 1952) tradujo *Sonetos y elegías* (1999) de Louis Labé para *Ediciones Angria* (1989). Además, investiga y publica un estudio sobre la poesía de Miyó Vestrini, llamado *Miyó Vestrini o el encierro del espejo* (2002) en la editorial Blanca Pantin. La reconocida poeta Diana Bellesi (Santa Fe, 1946), traduce a la poeta norteamericana Denise Levertov para una edición del *Fondo Editorial Fundarte* (1975) titulada *Poemas* (1980). Marta Traba (Buenos Aires, 1930 – Madrid, 1986) traduce el volumen *Arte y arquitectura del modernismo brasileño (1917-1930)* (1978), publicado por *Biblioteca Ayacucho* (1974). Asimismo, trabajará en la traducción de las *Cartas americanas* (1980) de Alexander von Humboldt para la misma casa editorial. Como autora, será incluida en el catálogo con su trabajo *Mirar en América* (2005). En *Monte Ávila Editores* (1968) publica *Mirar en Caracas* (1974), un ensayo polémico, crítico y riguroso sobre sus impresiones sobre la ciudad y sus manifestaciones plásticas y culturales. Otras traducciones hechas por mujeres argentinas son: *Muerte en el estío y otros cuentos* (1969) de Yukio Mishima, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Buenos Aires, 1935) y *El templo y la casa* (1964) de Lord Raglan, por Leticia Halperin Donghi; ambos títulos aparecen bajo el sello de *Monte Ávila Editores* (1968).

En cuanto al diseño gráfico, arte de tapas y diagramación de interiores destaca el aporte de Mirtha Verdún (Argentina, 1943), quien realiza portadas para *Monte Ávila Editores* (1968). No resulta menor decir que del grupo de diseñadores argentinos identificado hasta ahora por la investigación ([Afecto Impreso](#)), solo las mujeres continúan con vida: Nélica Mosquera, Blanca Strepponi y Mirtha Verdún. Su longevidad y disposición a colaborar con el objeto de este trabajo es invaluable y merece mención por formar parte de un continuum de aportes sin demarcación posible.

Este relevamiento que proponemos está en gravidez, estado embrionario y radicalmente femenino que se nutre de voluntades que participan de él mediante la cesión de material testimonial, ejemplares físicos o digitales, fotografías e información de relevancia respecto a la participación de argentinos en la edición venezolana. El mapeo de esta historia de reciprocidad y solidaridad, aún con su componente de realidad (violencia política, dificultades migratorias, papeles, demoras, inserción laboral y social, marginación de género, etc...); resulta una tarea que implica la cooperación de un cuerpo de trabajo común, elástico y abierto que persigue resignificar los vínculos entre desplazamiento, comunidad, cultura, territorio y memoria entre Argentina y Venezuela.

“Mi feminismo es moderado”, enuncia la escritora Teresa de la Parra en su conferencia dictada en Bogotá. Me pliego a sus palabras en razón del aporte para reivindicar a las mujeres latinoamericanas en el arte. Más allá de una pretensión o lucha por la visibilización y el posicionamiento, el interés radica en la relevancia de lo femenino en su cualidad transdisciplinaria y global, sus habilidades visionarias, conciliadoras y relacionales. La voluntad de las mujeres determina muchas cosas. Su capacidad de hacer en silencio y priorizar lo último y común, es una forma clara y manifiesta de trascendencia en viva comunión con lo inaplazable, urgente, esencial.

Bibliografía

Libros

De la Parra, Teresa, *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana*, primera edición, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2016, p. 115.

Federici, Silvia, *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*, primera edición, Madrid, Traficantes de sueños, 2020, p. 319.

Giunta, Andrea, *Feminismo y arte latinoamericano. Historias de artistas que emanciparon el cuerpo*, primera edición, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2018, p. 417.

Lago Carballo, Antonio y Nicanor Gómez Villegas, *Un viaje de ida y vuelta: la edición española e iberoamericana*, primera edición, 2007, p. 266.

London, Frédéric, *La sociedad de los afectos. Por un estructuralismo de las pasiones*, primera edición, Buenos Aires, 2018, p. 358.

Martínez Ubieda, Alejandro, *Argentina y Venezuela: 20 testimonios*, primera edición, Caracas, 2006, p. 254.

Solnit, Rebecca, *Los hombres me explican cosas*, primera edición, Madrid, Capitán Swing Libros, 2017, p. 143.

Verlichak, Victoria, *Marta Traba. Una terquedad furibunda*, primera edición, Buenos Aires, Universidad Nacional Tres de Febrero – Fundación Proa, 2001, p. 311.

Capítulos de libros

Pratt, Mary Louise, “El mapa nocturno: la literatura de mujeres en América Latina”, en *Los imaginarios planetarios*, Madrid, Aluvión, 2018, pp. 225-241.

Tesis

Ayala, Mario Hugo, *Exiliados argentinos en Venezuela (1974-1983)*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, 2017.

Artículos en revistas

De Lima Costa, Claudia y Alai Garcia Diniz, “Entrevista a Mary Louise Pratt. Por una perspectiva crítica feminista”, en *Estudos Feministas*, vol. 7. nro. ½, 1999, pp. 127-140.

Pratt, Mary Louise y Gabriela Cano, “‘No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano”, en *Debate Feminista*, vol. 21, 2000, pp. 70-88.